

Es posible que los detentadores de la facultad de perdonar los pecados, crean que les hemos presentado un flanco vulnerable al negarles tan absurda como falsa prerrogativa, y que alentados con la esperanza de derrotarnos aunque sea sobre este solo punto, nos vengan con la muletilla aquella de *las llaves* y la facultad de *atar y desatar*, que ha sido su caballo de batalla en los pasados siglos; sea en buena hora y para bien de los que anhelan encontrar la verdad, ofuscada y casi perdida en el intrincado laberinto de las bastardas y ambiciosas aspiraciones de la canalla parásita. Venga enhorabuena una discusión sobre materias de suyo tan interesantes para el público, que debe ser el único y soberano juez en la contienda.

CENSURA AL SILENCIO DE LA PRENSA

CLERICAL

ESTA es nuestra décima octava carta, y desgraciadamente apenas hemos podido merecer una *contestación oficiosa* que *canendo extra corum* se dignó darnos un señor redactor de la *Voz de la Reacción*; y desde entonces no hemos merecido más que un depreciativo silencio de las hojas clericales.

¿Cuál podrá ser la causa de este vergonzoso mutismo? Esta es una pregunta que deberían hacer los mismos católicos, pero sucede que entre éstos hay una multitud de personas ilustradas que comprenden que esa secta ha hecho ya su tiempo, y tiene que caer, tal vez no muy tarde, envuelta en la mortaja del ridículo, bajo los golpes del hacha del progreso. Hay otras que procuran amoldarse á las costumbres de la sociedad en que viven, por contentar la intolerancia católica en bien de sus intereses y de su propia tranquilidad. La juventud medianamente culta es indiferente, y el vulgo de ambos sexos concurre á las funciones de iglesia como lo hace á cualquiera diversión ó paseo público.

De la sociedad femenina, unas van á los templos en lujosos carruajes, más por hacer ostentación de sus comodidades, que por llenar una prescripción religio-

sa; otras por satisfacer su propia vanidad, haciendo que el público fije sus miradas, á través de ligeras gasas, en la cinta cuyo color acredita la sociedad ó cofradía á que pertenece; otras porque, á la vez de lucir sus gracias naturales y sus vistosos trajes, anhelan siempre un cambio de condición, y es posible que la ocasión se presente en las calles del tránsito ó en la misma *casa de Dios*; y otras y otras, en fin, para quienes la vigilancia maternal ú otras causas hacen imposible un cambio de miradas, convierten el templo en punto de cita para dar solaz á sus inocentes amores.

Estos son, generalmnete hablando, los móviles á que obedece el aparente crecimiento del catolicismo, y otros que el respeto á la moral nos impone el deber de callar, salvo raras excepciones que sólo comprenden á la generación que se va, y á algunas personas que, con un continente hipócrita y su frecuente concurrencia á los templos, pretenden medrar en sus intereses. ¿Quién, podrá, pedir cuenta á la *iglesia docente* de su silencio, aun cuando se comprenda que nuestros ataques no van dirigidos contra la colectividad clerical, sino, directamente contra las bases en que descansa el llamado catolicismo? Claro es que nadie.

De la discusión nace la luz, pero precisamente por eso se niegan á entrar en ella los fabricantes de patrañas, porque la luz es el más terrible enemigo de los lechuzos, como lo es igualmente para el bandido que huye de la luz del día para buscar su seguridad en las tinieblas de la noche, porque la luz de la ciencia ha sido el más poderoso factor mediante el cual la historia ha puesto á descubierto la serie infinita de robos, falsificaciones, asesinatos, perjurios, envenenamientos, incestos, parricidios, violaciones, estupro, perfidias, sacrilegios, plagios, simonías, amancebamientos, *contra natura*, bacanales vergonzosas, especulaciones in-

mundas con meretrices, escandaloso comercio con indulgencias, bulas y dispensas, bastardo origen de los dogmas, misterios, sacramentos, preceptos, mandamientos y todo cuanto forma el inmenso catálogo de disparates, desatinos, necedades y blasfemias que dan cuerpo al monstruo llamado catolicismo, y en fin, de la negra y repugnante historia de los pontífices y del clero en todos tiempos, pero muy particularmente en la larga y tenebrosa noche de la edad media.

Muy al contrario, siempre que ve amenazado el conjunto de embustes con que ha formado su credo, ó sus intereses, no esquiva medio alguno, por infame y reprobado que pueda ser, que no ponga en acción para impedirlo; y así vemos al infame obispo Zumárraga entregando á las llamas los archivos mexicanos, y al malvado jesuita Calmette, con una cuadrilla de loyolistas y misioneros, desempeñando el criminal encargo de destruir cuanto pudiera justificar la prodigiosa antigüedad de la civilización oriental, y llenar su cometido rompiendo autógrafos, mutilando textos, haciendo falsas intercalaciones y reduciendo á cenizas cuantos libros pudieron haber á las manos.

Sin embargo, tan desesperados esfuerzos tuvieron por resultado que la luz brillara con tal intensidad, que iluminó todo el Occidente con la aparición de las obras de los sabios indianistas William Jones, Tomás Strange, Halled, Luis Jacolliot y otros muchos que apenas se han bajado á contestar los trasnochados argumentos de los orientalistas católicos Max Muller, Textor de Ravisi y de Genoude que intentaron darle prioridad á nuestra historia religiosa, no obstante las terminantes confesiones del misionero Dubois que por largos treinta años había admirado la antigüedad india, y las no menos francas, y hasta cierto punto candorosas del Padre Huc, en su viaje á la Tartaria y el Tibet.

Como han pasado ya los tiempos de los estilistas, son rarísimos los Pascuas y los Castillos que se alistan en la milicia romana, y aunque la recluta clerical se hace hoy entre la clase más estúpida de la sociedad, no falta un diez por ciento de avispones, de los que el más bellaco ó caracterizado lleva la batuta y da la consigna, y éste habrá ordenado que no se nos conteste. Está bien, pero dice el proloquio, que *quien calla otorga*. Quedan, pues, en pie todas nuestras afirmaciones, esto es: queda probado, sin réplica, que son una ridícula cadena de embustes la creación de los ángeles, la rebelión angélica, la existencia del diablo, la leyenda adámica, la concepción milagrosa de María y su virginidad, según enseña la iglesia, la divinidad de Jesús, y todas cuantas patrañas han sido inventadas por los *docentes* para desoír á sus complacientes ovejas.



manejas más desvergonzadas: no habla ya de he-
mas se agotará en un momento que, hipocritamen-
tamente en otros tiempos, consolaran la fúrida continen-
cia sacerdotal; no ahora no gran va un misterio para
nadie las orgías y escandalosas bacanales del clero
que con la mayor desvergüenza frecuentaba las can-
tinas, garitos y burdeles; ahora algunos párrocos epis-

MÁS CONTRA LA CONFESION AURICULAR.

mas agotados y tenidos por estúpidos, ahora si algún
obispo mientras consagra algunas apariciones de
rescto á la moral en su diócesis, se vea obligado

Como el recurso más poderoso que con inmenso
éxito han empleado los asesinos, ladrones y ver-
daderos enemigos de la humanidad llamados
sacerdotes católicos, ha sido la confesión auricular,
esperamos que no llevará vd. á mal que continuemos
ocupándonos de una materia que tanto interesa á la
dignidad, decoro y buen nombre de nuestra sociedad
con la esperanza de que alguna ó algunas de las per-
sonas que detengan su vista en nuestras cartas, lle-
guen al convencimiento de que el tal *sacramento* no es
otra cosa que una infame socalina, inventada por la
pandilla clerical, sin derecho alguno y con el criminal
intento de dominar al mundo por medio del terror,
espantando á su rebaño con el infierno y penas eter-
nas en la otra vida, y con la delación, infamia, con-
fiscación, tormentos y hogueras inquisitoriales en
ésta, á todos cuantos se atrevieran á pensar de un mo-
do contrario á sus mundanos intereses.

La preponderancia clerical, en virtud de las inmu-
nidades y franquicias que el ambicioso Gregorio VII
había acordado á esa falange de lobos carnívoros, con
la mira de hacerlos obedecer la definitiva prescripción
de guardar el celibato, había llevado á la milicia ne-
gra á tal grado de prostitución, que se toleraban las

mancebías más desvergonzadas; no había ya hermanas agapetas ni *subintroductas* que, hipócritamente como en otros tiempos, consolaran la fingida continencia sacerdotal; no, ahora no eran ya un misterio para nadie las orgías y escandalosas bacanales del clero que, con la mayor desvergüenza frecuentaba las cantinas, garitos y burdeles; ahora algunos palacios episcopales eran verdaderos serrallos donde reinaba la más asquerosa y refinada prostitución, ahora si algún obispo intentaba conservar siquiera las apariencias de respeto á la moral en su diócesis, se veía obligado, cuando más, á recordar á sus subordinados la obligación de cubrir las apariencias, dándoles el tradicional consejo que ha llegado hasta nuestro tiempo: "*si non castee caute*", si no casta, cautamente, y quizá inspirado en estos históricos recuerdos, decía el reformista *tapallo* en 1858:

Hubo obispos criminales,

Sea por ejemplo en las gallias,

Y ministros cardenales

Que tenían como feudales

El derecho de sandalias

Entre las muchas franquicias

De la obispa gerarquía,

La rovia también debía

El derecho de primicias

De pernada ó prelaia.

El año de 1215, como dijimos en nuestra carta decimasexta, el cuarto concilio ecuménico de Letrán ordenó que los fieles se confesaran al menos una vez por año, y como era natural, semejante disposición comenzó á producir sus terribles efectos: todo el que dejaba de cumplir con el precepto pascual era *hipsofacto*, sospechado de heregía, denunciado á la inquisición, y ésta se desembarazaba cuanto antes de él, quedando confiscados sus bienes y su descendencia en la miseria, perseguida é infamada hasta la séptima generación.

No contentos aún los trapaceros de oficio con haberse hecho los tiranos de las conciencias, quisieron hacer de este precepto una nueva especulación vendiendo la absolución de los pecados, y ya en 1225, según refiere Ducange en su glosario, palabra *confesión*, una joven de 15 á 16 años se vió obligada á prostituirse á fin de ganar el dinero necesario para comprar un par de zapatos y pagar su confesión. Más tarde la insaciable codicia de los ladrones de sotana les hizo comprender que, siendo infinita la variedad de los pecados, era indispensable señalar un precio á la absolución de cada uno de ellos, y el avaro Juan XXII, papa en 1324, expidió una bula acompañada de una tarifa en la cual constaba la tasa impuesta á cada pecado.

El año de 1520 Leon X en Roma hizo la primera edición impresa de esta tarifa, según la cual, el que era rico podía cometer todo linaje de crímenes, seguro de poder pagar su absolución; mientras que el pobre quedaba desheredado del reino celestial, porque su pobreza lo hacía indigno del perdón.

Semejante afirmación parecerá inaceptable á nuestros lectores, porque, en verdad, no se concibe como posible tamaña iniquidad, pero nada es más cierto, y la prueba existe en la hoja 23 de la misma edición en que se lee: "*Et nota diligenter quod hujus modi gratiæ et dispensationis non concedantur pauperibus, quia non sunt ideo non posunt consolari.*" Es decir "Y notad diligentemente que tales gracias y dispensas no se conceden á los pobres, porque no tienen con que pagarlas, y no pueden ser consolados."


¡Prostituirse una joven para pagar su confesión!
¡Negarse á los pobres las gracias celestiales por el imperdonable crimen de no poder contribuir para contentar la rapacidad de los delegados de la cancillería

romana! Estos dos hechos, si más no hubiera, bastarían para dejar juzgada tan inmoral institución; pero no es posible detener el curso de nuestra pluma, muy torpe en verdad, pero muy veraz al referir las iniquidades y desdichas de que ha sido víctima la infeliz humanidad bajo el afrentoso yugo sacerdotal, por el largo espacio de más de 15 siglos: robos á mano armada y con abuso de confianza; guerras desastrosas, promovidas solamente para satisfacer su infernal codicia, intolerancia y ambición; asaltos y tomas de ciudades á sangre y fuego; espantosas matanzas, sin distinción de sexos, edades y condiciones, quemazones y matanzas inquisitoriales, cuyo número horripante, pues sólo en España, según Llorente, y en 18 años, penitenció el infame fraile Torquemada 114,381 individuos, de los que 10,220 fueron quemados vivos, 6,860 lo fueron en estatua y 97,321 sufrieron el garrote y otras penas.

Fariseos del presente siglo, renegados de la hermosa patria mexicana, extranjeros perniciosos, soldados del déspota de Roma, ya os esperamos con impaciencia; venid con vuestros trasnochados argumentos, con vuestros latinajos y vuestra jerga. Perdone Vd. Sr. Velázquez, nuestra distracción; creímos estar hablando ya con la canalla.

que se hacen á Pío IX en aquel libro no eran más que una sombra de la realidad y en lugar de tres mujeres que allí se citaban, en el proceso aparecieron diez más. Justificándose la verdad de semejante aserto con el irreprochable testimonio de los señores Patrucco, de Gattini, uno de los miembros más eminentes que ha tenido el parlamento italiano, Luis Francini, diputado de ex-ante, y de los señores Patrucco, de Gattini, de la tribuna suprema de Ancona, Ferruzzi, ex-ante, de Florencia, Morsani, obispo de Faenza.

RASGOS BIOGRAFICOS DE PÍO IX.

MOS creído conveniente suspender en esta carta nuestras afirmaciones histórico-confesionales, no sólo para evitar la monotonía soporífera con que podría cansar á quienes tienen la bondad de leer nuestros desaliñados escritos, sino también para dar tiempo á que algún zángano de la colmena clerical se presente á defender su ya vacilante causa.

La materia de la presente, nos la proporcionará la tan cacareada santidad de Pío IX, á cuyo fallecimiento los loyolistas se preparaban ya á hacer que, desde el último rincón de la cristiandad se elevaran calurosos ocursos al Vaticano pidiendo su beatificación, se intentó la erección de monumentos en honor suyo, y aun circularon con profusión estampas que representaban al *infalible* ascendiendo en cuerpo y alma al cielo. Pero aconteció que cuando á este propósito se daban los primeros pasos, apareció un libro titulado *Los amores secretos de Pío IX*, cuyo contenido hechó por tierra la *infalible santidad* y dejó con dos palmos de narices á los autores de la proyectada farsa.

El conde Girolano Mastai, sobrino del finado Papa, denunció el libelo y con este motivo se animó un proceso por Mr. Guizard. El sabio jurisconsulto Mr. Delatre, de Mompeller, demostró que todos los cargos

que se hacían á Pio IX en aquel libro no eran más que una sombra de la realidad y en lugar de tres mujeres que allí se citaban, en el proceso aparecieron diez más, justificándose la verdad de semejante aserto con el irreprochable testimonio de los señores Patruccelli de Gatina, uno de los miembros más eminentes que ha tenido el parlamento italiano; Luis Pranciné, diputado ex-alcalde de Roma; Cattabane, consejero que fué del tribunal supremo de Ancona; Peruzzi, ex-alcalde de Florencia; Monseñor Policard, obispo de Faenza; Troplop y Ouen Legge; célebres historiadores ingleses; Verdinois, cónsul que fué del rey de Nápoles en Civita Vecchia; el general Bellot de Vignes, gran preboste del ejército francés durante la ocupación romana; el conde Pelope, comisario principal de la comisión informante nombrada al efecto por el Gobierno italiano, etc, etc.

Ahora, después de haber hecho conocimiento con los más prominentes testigos que figuran en el proceso, justo es que lo haga también, aunque sea solamente con las trece víctimas de los amores, seguramente no muy secretos, del *casto, santísimo é infalible Vicario de Dios*.

Es la 1ª Teresa Isabel, su hermana, deshonrada por él en su juventud. Esta desgraciada fué á parar á un burdel de Nápoles.

2ª La mujer de un comandante fiscal de provincia.

3ª La Señorita Morand, su hermana de leche, que casó con el cantante Ambroggi, elevado á la dignidad de obispo cuando Mastai fué Papa.

4ª Lena, hija de un mercader de Sinigaglia, que después fué mujer de un coronel.

5ª La princesa Elena Albani, más tarde Duquesa de Litta.

6ª y 7ª las dos hermanas Simonelli, penitentes suyas cuando hizo la misión en su ciudad natal.

8ª La Señorita Ferreti, quien, separada de él tomó el hábito en el monasterio de Gubbio.

9ª Felicitas, Abadesa de Fognano, con la que tuvo relaciones que traspasaron las conveniencias de la edad y de la tiara.

10ª Doña Clara Colonna, muger de Vicenzo Colonna, amigo suyo, y con quien riñó cuando éste comprendió lo que pasaba. Esta dama cubría las necesidades de Mastai y fué ella quien pagó treinta mil francos, á que ascendieron los gastos de su elevación á Cardenal.

11ª La Condesa Galetti.

12ª Teresa Guirault, antigua criada de una princesa, que casó con un rico inglés, Mr. Dotwet, y después con el encargado de negocios del Rey de Baviera, el conde de Spaur. Esta mujer fué quien, entre las queridas de Mastai, tuvo mayor influencia sobre él. Una huida de los dos amantes ha quedado escrita en las páginas de la historia: la huida á Gaeta, en la que Pio IX, disfrazado de criado, viajaba en coche con la condesa, llevando en sus brazos un pimpollo de su querida. Este hecho lo consigna un telegrama oficial del cónsul napolitano de Civita Vecchia, fechado en 25 de Noviembre de 1848.

13ª La hermosa Pamela, hija del amo de la «Fonda del Jardín» en Gaeta, la cual dejó á Mastai muy desagradables recuerdos.

En el citado proceso se citan asesinatos y envenenamientos, pero basta lo dicho para que la canalla clerical vea en paños menores á su ídolo, y las gentes de iglesia reciban una prueba más de quiénes han sido los *infalibles*.

¡Blasfemias! ¡Calumnias! ¡mentiras infames, inventadas por los enemigos de la religión! exclamarán los asalariados de Don Opás, como lo hacen siempre que, abrumados por la evidencia de los hechos, sólo pueden oponer una desvergonzada negación; pero para este caso, nos reservamos el derecho de hacer que los recalitrantes nos acompañen á dar un paseo por el asqueroso Gheto, donde los judíos nos dirán *mira biblia*; visitaremos el hermoso Lago Albano y el encantador Castel Gandolfo, donde nos serán referidas nuevas y grandes cosas; vendremos al Quirinal donde, no obstante ser hoy la habitación del Rey de Italia, podremos reconocer los perfumados y elegantes gabinetes que ocupó el *Santísimo Serrallo* papal, y las escaleras, muy particularmente la *sagreta* que conducía al dormitorio del Papa Rey, en un lenguaje mudo pero elocuente, nos referirán muy *edificantes* cosas, trayendo á nuestra memoria los nombres de Zhora, Luisa, Clelia y otras, que quizá en este momento sean el torcedor de la conciencia de Mastai Ferreti.

Hé aquí un libertino de tomo y lomo de quien se pensó hacer un santo; hé aquí á Pio Magno, como lo llamaban ya los paladines de sacristía y la gente de sotana.

MAS CONTRA LA CONFESION AUKICULAR.

SISIFO; este es el pseudónimo con que un caballero, que nos honra con su amistad, ha escrito la negra historia en que figura como protagonista el *santísimo é infalible* Pío IX, tomando por fundamento de sus afirmaciones el tristemente célebre proceso á que nos referimos en nuestra carta anterior, y cuyo asqueroso contenido dió abundante materia casi á toda la prensa liberal de Europa, y solaz entretenimiento á los admiradores de las *virtudes* vaticanescas.

Creímos que semejante buscapiés despertaría los bríos de la prensa clerical, y aún nos proponíamos continuar en tan edificante empeño; pero baste, por ahora, lo dicho; y como además no es nuestro propósito vencer imposibles, como sería el de convertir y traer al buen camino á quienes intencionalmente andan extraviados, sino el de hacer que sean conocidos presentándolos en paños menores, y revelando todas las falsedades en que descansa el llamado catolicismo romano, tomamos de tiempo en tiempo al primer *santísimo* impostor que se nos viene á las mientes, para desnudarlo ante nuestros lectores; y cuando lo han visto en toda su repugnante fealdad, volvemos á las cosas, olvidándonos cuanto es posible de tan despreciables personas.

Como nunca creímos que faltara un monigote bas-